

## PURIFICACION DE MARÍA.

### DISCURSO I.

*Deo dignas oblationes offer.*  
Hay ofrendas dignas á Dios.  
(Ecc. XIV, 11.)

Solemne y augusta era la pompa de los ritos mosaicos. Instituidos para impetrar los bienes necesarios á la vida, para dar la satisfaccion debida por las culpas cometidas, y para honrar al Omnipotente en su santidad infinita, en su supremo dominio y en la plenitud de todas sus perfecciones, manifestaban en su disciplina y en todas sus disposiciones la grandeza de aquel Dios, de quien el pueblo se gloriaba de ser vasallo é hijo suyo. Sin embargo, el Señor no se contentaba con eso; dijo, al contrario, que abominaba aquellos vanos incienso, aquellas lunas, aquellos sábados y aquellas calendas; dijo que no quería holocaustos de corderos, ni sangre de gordos becerros; dijo que prefería una buena conciencia, un corazon puro á los sacrificios de la innumerable multitud de victimas. De ahí el que los Profetas nos manifestáran, que la sola ofrenda del justo enriquece el altar, subiendo el humo de ella á la presencia del Altísimo en olor de suavidad; y por eso el Eclesiástico añadía: *Deo dignas oblationes offer.*

Esta oblacion, hermanos míos, cumple hoy María en el Templo. Ella, con presentarse al lugar santo para someterse á la ceremonia de la purificacion, ofrece á Dios, no carne de toros, no sangre de cabritos, ni sacrificios ineficaces é inútiles, sinó lo que ama con mayor afecto y lo que es más grato á su corazon. En efecto; yo la considero como Madre, Virgen, y Reina, y veo que se inmola á Dios como Reina, Virgen y Madre. Se inmola como Madre, puesto que ofrece enteramente á Dios el propio Hijo, y encuentra en su oblacion un homenaje de profundísima dependencia. Se inmola como Virgen, ya

que se presenta como mujer cuya maternidad ha manchado el candor de las propias azucenas, hallando en su oblacion un homenaje de grandísima humildad. Se inmola como Reina, por lo mismo que acepta un torbellino de dolores que le predicen, prontos á atravesarle de parte á parte el corazon, manifestando en su oblacion un homenaje de pacientísima resignacion. Hé ahí lo que resplandeció singularmente en la Purificacion de María. Por consiguiente, hermanos míos, exigiendo la festividad del dia hacer de ella el punto de nuestras meditaciones, al desarrollarlo, os invito á admirar en la inmolation de María aquellas oblaciones que, segun el Eclesiástico, eran dignas, y que solo podrían ofrecerse á Dios: *Deo dignas oblationes offer.* Imploramos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

Quando María se presentó en el Templo para la purificacion era ya Madre de Dios; por obra del Espíritu Santo había ya concebido á Jesús, le había llevado en sus virginales entrañas durante nueve meses, le había dado á luz en Belén y habían transcurrido cuarenta dias de aquel parto santísimo. María era, pues, la Madre de Jesús; y como que Jesús es el Hijo de Dios, está claro que el Hijo de Dios es tambien Hijo de María. En efecto; si quitaseis la accion de Dios generador eterno del Verbo, Jesucristo sería hombre, pero no podría ser Dios; y si quitaseis la accion de María en la Encarnacion del Verbo, Jesucristo sería Dios, pero no podría ser hombre. Así como Dios Padre engendra al Hijo con su propia esencia, María lo engendra tambien con su propia sangre; y así como Dios Padre engendra al Hijo de un modo inefable, María lo engendra igualmente de un modo sobrenatural, esto es, por obra del Espíritu Santo. Por cuyas razones está claro, que si el Padre como á tal tiene una autoridad paternal sobre Jesús, María como Madre tiene sobre Jesús una maternal autoridad que le atribuye sobre su Hijo derechos incontestables. Pues bien; en el dia de su purificacion Ella sacrifica esta autoridad suya y renuncia tales derechos, tributando con este acto á Dios un homenaje de profundísima dependencia.

Verdaderamente no es esta la primera vez, que María se inmola á Dios en holocausto. En varias otras ocasiones cumplió generosamente su ofrenda; con otras varias oblaciones dedicaba todo cuanto podía á la gloria del Señor. Podía dedicarle todo su corazon, é hizo esta dedicacion desde los primeros instantes de su existencia. Podía consagrarse enteramente al servicio divino, y al servicio divino se consagró enteramente, cuando se encerró todavía niña en el Templo. Podía

sacrificar la voluntad en todas sus partes, y así lo hizo al salir del Templo para ir como esposa á la casa del Carpintero de Nazareth. Dios había sido siempre su primer pensamiento; Dios había sido siempre el único objeto de su amor; su único deseo había sido el de elevarse á Dios con toda la perfeccion posible. No obstante, estas ofrendas, que eran buenas, estas oblaciones, que eran bellas, no comprendían la grandeza suficiente para tributar á un Dios infinito un infinito honor. En efecto; en las criaturas, aún en las más sublimes y perfectísimas, todo es necesariamente finito, todo necesariamente limitado; y lo que es limitado y finito no puede corresponder á la grandeza de un Dios que es esencialmente ilimitado é infinito. Sin embargo, lo que María no había podido hacer con otras ofrendas, lo hizo en el día de su purificacion; y aquel honor infinito que no podía tributar á Dios con las otras oblaciones, se lo tributó con esta nueva oblacion solemne. Ella, como Madre del Dios Salvador, hallando en este Dios, Salvador, su hijo, la materia de un sacrificio, cuya grandeza puede medirse con la grandeza misma de Dios; miéntras lo ofrece, y para ofrecerlo se despoja de su autoridad, y renuncia á sus derechos; con el homenaje de su dependencia ofrece á Dios un homenaje infinito. No; Ella no ofrece hoy á Dios lo que le ha ofrecido hasta el presente. Una vez le ofrece su sumision, otra le ofrece los votos de la tierra, los suspiros de los justos y las esperanzas del mundo; mas hoy le ofrece un hijo, que, primogénito de todas las criaturas, es el dón más excelente que Dios, en la plenitud de su bondad, puede hacer á los hijos de los hombres.

Digo que *le ofrece*, porque es propiamente María quien cumple este ofrecimiento; y esta gloria á Dios es precisamente la consecuencia de la oblacion de María. ¿Qué significa, pues, la presentacion que hace María de Jesús al Templo? Significa que presenta á Dios lo que tiene de más caro, lo que tiene de más precioso y cuanto constituye todo su bien y toda su felicidad. Significa que cede á Dios todos sus derechos, toda su autoridad, todo cuanto le atañe y se le concedió por su cualidad de madre. Significa que no quiere disponer de todo cuanto está á su alcance, que no quiere usar del poder de que podría usar, considerándose bienaventurada en reconocer, reverenciar y honrar el imperio soberano de Dios. Como si dijese: Señor, tú me diste este hijo, y yo te lo ofrezco; para dármele pediste mi consentimiento, y te lo devuelvo con igual resignacion. Si tengo derechos sobre este divino Hijo, los renuncio á tí; si su vida me pertenece como madre, consiento que sea sacrificada en honor tuyo. De

esta suerte María es, hermanos míos, altar y sacerdote á un mismo tiempo; y ofreciendo con las propias manos al propio hijo, ofrece una hostia propicia para la salvacion de los hombres y gloriosa para la grandeza de Dios.

No niego que cumplió las veces de su gravísimo sacerdocio cuando presentó su Hijo para la circuncision, y cuando acompañó su sacrificio en el Calvario; débese, empero, observar, que en la circuncision fué Jesucristo el que, con la propia humillacion y con la primera efusion de su sangre, inició solemnemente la redencion del género humano, sujeto al ignominioso dominio del Infierno; fué Jesucristo el que en el Calvario, en un transporte de bondad infinita, quiso padecer y morir por nosotros, quiso redimirnos con el holocausto infinitamente precioso de su vida. No sucede así en la Purificacion. En esta oblacion María lo es todo, María lo dispone todo, María lo hace todo; pues, si Jesucristo está en brazos de María, Jesucristo está en estos brazos como la víctima en manos del sacerdote, del mismo modo que Isaac bajo el poder de Abrahán. Por lo tanto, aún concediendo que María cumplió las veces de su sacerdocio, tanto en el día en que presentó su Hijo para la circuncision, como el día que le acompañara al Calvario, debe añadirse, que cumplió estas veces de un modo absoluto y singular en el día de la Purificacion.

Y ahora decidme, hermanos míos; ¿qué veis en este misterio? Veis á María, que entra en las intenciones de Dios con aquella plenitud de voluntad, que no conoce más regla que la voluntad divina. Veis á María, que, inmolándose á sí misma, nada exceptua de la misma inmolacion sinó lo que Dios ha exceptuado. Veis á María, que ofreciendo el Salvador á Dios, le abandona sin reservas ni restricciones á todas las disposiciones y á todos los decretos del Cielo. Veis á María, que se despoja de cuantos derechos pudiera tener sobre su Hijo, entregándole en manos de la justicia que debe ser satisfecha, y de la misericordia cuyo reinado debe establecerse. Ahora bien; ¿qué quisierais más para ver en esta oblacion un homenaje de profundísima dependencia? ¿De qué otras pruebas teneis necesidad para concluir acerca del valor de esta oblacion? ¡Ah! si el Eclesiástico ordenaba que se presentasen ofrendas dignas á Dios, nosotros debemos decir que precisamente estas dignas ofrendas presenta María: *Deo dignas oblaciones offer.*

A la primera sucede luego una segunda oblacion, pues si María como madre ofrece á Dios un homenaje de profundísima dependencia, como Virgen le ofrece un homenaje de humildad profundísima.

Y para comprender aquí debidamente esta segunda oblacion, sería preciso penetrar en los íntimos pensamientos de María, para conocer cuan preciosas le fueron las flores virginales. Mas, ya que esto no podría definirse con palabras humanas, procuremos deducirlo de algunos hechos que basten para esclarecerlo. No cabe duda que María fué extraordinariamente celosa de la virginidad. Quiso amarla por sí sola, sin precepto, sin ejemplo, sin consejo, ántes que fuese conocido su valor, ántes de que se propusiese el premio, ántes que Jesucristo la hubiese honrado en sí mismo. Quiso obligarse á ella por eleccion, por propósito, por voto, no hallándose otra doncella anteriormente á Ella que se hubiese ofrecido á Dios de la propia manera, aún entre las mujeres más ilustres y las más virtuosas heroínas. Quiso, á pesar de la preocupacion dominante de su nacion, escogerla en un tiempo, en el cual las doncellas hebreas, ambiciosas de dar á Israel el prometido Mesías, huían del celibato como de una desventura, temían la esterilidad como un oprobio, y se avergonzaban de ser estériles. Quiso perseverar en la virginidad con tal admirable propósito y con tan invencible constancia, que para permanecer virgen no titubeó en renunciar á la misma gloria de ser Madre de Dios, como lo indicó esplicitamente con las generosas respuestas dadas al arcángel, cuando le anunció la Maternidad divina.

Por consiguiente, siendo María tan amante de la virginidad y tan celosa del inmaculado honor de los castos lirios, ¿quién no hubiera creído que, hecha digna por Dios del inefable privilegio de ser su Madre, sin que dejase de ser virgen, habría deseado poner de manifiesto las maravillas obradas en Ella? Y, sin embargo, no sucede así. No le ofusca la mente ningun pensamiento de gloria humana, ni le conturba el corazon ninguna idea de estimacion terrena. Le basta ser delante de Dios cándida como el lirio, cerrada como el cáliz de la naciente rosa, y no se cuida para nada de las alabanzas con las cuales la hubieran podido honrar los hombres ántes de subir al Cielo. Así, pues, siendo ley entre los Hebreos, que cualquiera mujer que diese á luz un varon debía ofrecerle al Templo como consagrado al Señor, transcurridos los días prescritos para las purificaciones de las madres, se dirige para el ofrecimiento al lugar santo. ¿Sabeis, hermanos míos, lo que significa este acto? El presentarse á la ceremonia de la purificacion equivalía á mostrarse como una madre cualquiera, como una madre vulgar, como una madre igual á las demás madres, como una madre, que, siendo madre, habia dejado de ser virgen.

¿Qué prueba mayor que esta podría imaginarse para decir, que

con su purificacion María rindió á Dios un homenaje de profundísima humildad?

Esta humildad se nos manifiesta más profunda si consideramos, que María no estaba sujeta á la ley de la purificacion, ni venía obligada á observarla bajo ningun concepto. Cierto, que esta ley se refería á las madres que, concibiendo por obra de varon, daban á luz los hijos. ¿Cómo podía, pues, referirse á Aquella, que con nuevo milagro no había contraído en el parto las impurezas á que estaban inevitablemente sujetas las otras madres? Si María era la Virgen anunciada por Isaias, como el prodigio más grande que debía preceder á la venida del deseado Mesías (1); si flor de inocencia y de inmaculada pureza solo había concebido por virtud del Altísimo, segun se lo anunciara el arcángel (2); si al dar á luz á su divino Hijo no recibió mayor quebranto que el que recibe un transparente cristal al ser atravesado por los rayos del sol; no podía ciertamente creerse manchada con ninguna impureza legal, para que se considerase obligada por la ley á purificarse. No obstante, Ella se presenta para la purificacion, y, por consiguiente, al presentarse para la purificacion oculta quien era; encubre con la prescrita ceremonia la gloria de ser tenida por virgen; sacrifica su reputacion de inocente y pura, y se contenta de perder ante los hombres el honor de su divina Maternidad. Vosotros, que no ignorais, que la propia original pureza era el privilegio más grande de María; vosotros, que conoceis que este privilegio, elevándola sobre todas las mujeres, la hacía grata al Señor, puesto que veis tambien, que no fija la atencion en sus prerogativas, y se somete á una ley á la cual no venía comprendida y que no dejaba de ser humillante, decidme, si no debe admirarse hoy en Ella un homenaje al Señor de profundísima humildad.

¿Cuántas cosas no hubiera podido decir María de sí misma? Parece que hubiera debido discurrir así: ¿Por qué debo sujetarme á la purificacion? Nada hubo de inmundo en la concepcion de mi Hijo, al darle á luz nada imperfecto que deba limpiarse, nada que deba purificarse. Aquel que se encarnó en mí, Aquel que nació de mí, siendo la fuente de la pureza descendido para comunicarla á los hombres, ¿no me ha hecho por ventura purísima?—Así podía expresarse María, hermanos míos; mas no discurrió de esta manera. Si sabía que no tenía necesidad de la purificacion, sabía igualmente que la

(1) ISAÍAS VII, 14.

(2) LUC. I, 35.

circuncision no era necesaria á Jesucristo; y por lo tanto, así como Jesús, para ser considerado como cualquiera otro hombre quiso someterse á la circuncision, también María quiso someterse á la purificacion para ser considerada como otra mujer cualquiera.

Hé ahí, hermanos míos, una humildad que, con nuestras mezquinas ideas, no podemos comprender en toda su extension. ¿Qué no hace María, ó para expresarme mejor, á qué sacrificios no se somete para observar una ley, á que no estaba obligada? Sacrifica el propio honor, porque al presentarse públicamente en el Templo para la purificacion, aparece de idéntica condicion que las demás madres. Sacrifica su fama, el decoro de su nombre, y la dignidad de su estado, puesto que dejándose ver públicamente en el Templo para la purificacion, siendo purísima á los ojos de Dios, no cuida de aparecer impura á los ojos de los hombres. ¡Ah! si los descendientes de Aaron, reunidos en el lugar santo, no supieron conocer la ofrenda pura y sin mancha predicha por los Profetas, los ángeles que tenían fijadas las miradas en la Virgen nazarena, observando en su oblacion un homenaje de profundísima humildad, debieron celebrarla como digna del Cielo: *Deo dignas oblationes offer.*

Y debieron celebrarla, porque María se inmolaba como Madre, Virgen y Reina, y en su oblacion descubrían un homenaje de resignacion pacientísima. Al penetrar María en el sagrado recinto, llevando el denario de plata para el rescate y las palomas del sacrificio, un santo anciano llamado Simeon entró en el átrio. Le había sido divinamente revelado, que no moriría antes de haber visto al Cristo del Señor, y pasaba los dias aguardando con fé viva y ardiente deseo el consuelo de Israel, esto es, la venida del Mesías (1). Mas hé aquí, que al ver la sagrada familia, inspirado por revelacion celestial, reconoció precisamente en el niño al Cristo del Señor, que envuelto en cándidos pañales estaba en brazos de María. Conmovido por nueva alegría, contemplando al Mesías envuelto con humildes pañales como un infante vulgar, le tomó en sus brazos, le elevó á la altura de su rostro, le contempló en actitud de profunda adoracion y éxtasis de inefable contento; y dejando correr por sus venerables mejillas lágrimas de gozo, manifestó, que aquel niño era el Salvador prometido para ser expuesto á la vista de todos los pueblos como la luz de las naciones y la gloria de Israel. En el mismo instante acercóse una profetiza, llamada la viuda Ana, que vivía en el Templo, sirviendo no-

(1) Luc. II, 25.

che y dia en el ayuno, en la piedad y en la oracion; y también al ver esta viuda al divino Infante, empezó á alabar altamente al Señor y á hablar de Él á todos aquellos que aguardaban la redencion de Israel (1). De tal suerte la grandeza de Jesús, manifestada ya por los ángeles, los pastores, los Magos, Elisabeth y Juan Bautista, la manifestaron los varones y las piadosas mujeres de Israel; y del mismo modo Jesucristo fué aclamado como Aquel, que debía reinar sobre la casa de Jacob, y cuyo reino jamás debía tener fin. Ahora bien; lo mismo era aclamar á Jesucristo por Rey, como á María su madre por Reina. Así, pues, en las palabras de Simeon, en los acentos de Ana, y en todo aquello que tiene lugar en el Templo de Jerusalén, cuando María salió de casa por obediencia á la ley, que prescribía la purificacion de las madres y la ofrenda de los primogénitos, vislumbrándose en medio de la oscuridad y de las humillaciones que rodeaban la grandeza de Jesús, se destaca igualmente la grandeza de María por entre las humillaciones y oscuridad que la rodeaban.

Además; Dios había establecido, que esta reina no saliese del Templo sin rendirle otro homenaje, el homenaje de su paciencia y de su resignacion. Y hé ahí que el mismo Simeon, trascurridos algunos instantes de grave y triste silencio, dirigiéndose particularmente á María, le anuncia que su Hijo, nacido para la perdicion y para la salvacion de muchos, sería el blanco de la perversidad de los hombres, y que una espada de dolor atravesaría su alma (2). Este nuevo vaticinio, hermanos míos, significaba, que el Hijo de María sería convertido en blanco de contradiccion, al cual se dirigirían las espadas de los pecadores; que sería tratado con la mayor crueldad, afligido por malicia de los mortales y por la mano de Dios; y que sería, finalmente, azotado como asesino, facineroso y malhechor, coronado de espinas, condenado á muerte, crucificado entre dos ladrones, ofendido y maldito bajo todos conceptos. ¡Figuraos cuántos martirios debieron lacerar el corazon de la Madre de este Hijo! ¡Figuraos la amargura que la afligiría sobre toda ponderacion!

¿Qué hace María? A las palabras de Simeon, que arrojaban rayos de siniestra luz sobre los futuros destinos del Hijo, y que, poniendo de manifiesto ante sus ojos las ignominias, los padecimientos y las agonías de la cruz, le hacían sufrir anticipadamente los tormentos de aquella Pasion ¿qué hace? Ella inclina la frente, como débil flor

(1) Luc. II, 37, 38.

(2) Luc. II, 34, 35.

doblada por una ráfaga de viento; nota que se marchitan sus labios que se abren para beber aquel cáliz de agenjo; y mientras que lo apura hasta las heces, siente en su corazón algo semejante al contacto de un hierro candente metido lentamente en carnes vivas y ensangrentadas. A pesar de esto, aunque herida por el más mortal dolor y por el golpe más tremendo, devorando las lágrimas y puestas las manos sobre el pecho, dice: ¡Señor, hágase tu voluntad! ¡Ah! María no sabía más que amar y servir á Dios, no pensaba más que en adorar sus soberanas disposiciones, y se resigna por más que deba ser afligida y martirizada.

Hé ahí, hermanos míos, lo que hizo María en el día de su Purificación; hé ahí el homenaje que tributó á Dios. Era madre, y como á tal se inmoló, ofreciendo al Señor á su propio Hijo con un homenaje de profundísima reverencia; era virgen, y como á tal se inmoló con un homenaje de grandísima humildad, presentándose como mujer, cuya maternidad ha oscurecido el candor de los propios lirios; era reina, y como á tal se sacrificó, aceptando todo el torbellino de dolores, que debía sufrir con un homenaje de pacientísima resignación. Por eso esta oblación es noble, es santa, es cara á Dios, está llena de méritos, y se presenta de suerte, que se ve en Ella lo que quería el Eclesiástico, para que las ofrendas fuesen dignas del Altísimo Señor de todas, á quien se ofrecen: *Deo dignas oblationes offer.*

Hermanos míos, tengamos presente estos ejemplos de sumisión, de humildad, de paciencia, é imitemos á María cuanto nos sea posible. Imitemos á María, que observó siempre la ley, que estuvo siempre sujeta á Dios, que hizo la voluntad divina á costa del propio honor, de la propia reputación, y de los más árdulos sacrificios. También Dios quiere de nosotros una ofrenda, y esta ofrenda debe ser la de nuestro corazón; también nosotros debemos presentar á Dios esta ofrenda, pero debemos presentarla como la presentó María. Penetremos en nuestro interior, abramos los oídos á las voces que nos vienen de lo alto, obedezcamos las inspiraciones celestiales, gloriémonos de cumplir la voluntad divina, resignémonos en el tiempo de la tribulación, y afanémonos en vivir según las enseñanzas de la conciencia y de la fé. Obrando de esta suerte, sacaremos provecho de las saludables lecciones que nos dió la Virgen en el día de su Purificación; y solo entonces podrá decirse de nosotros, que nuestras ofrendas son dignas: *Deo dignas oblationes offer.*

---

## PURIFICACION DE MARÍA.

---

### DISCURSO II.

*Postquam impleti sunt dies purgationis Mariae, tulerunt Jesum in Jerusalem, ut sisterent eum Domino.*

Cumplido el tiempo de la purificación de María, llevaron el niño á Jerusalén, para presentarle al Señor.

(Luc II, 22.)

Cumplidos estaban los días de la Purificación de María. La tierna y santísima Virgen abandona el establo de Belén, toma en brazos á su pequeño Hijo, y acompañada de su esposo José encamínase á Jerusalén, la ciudad de los reyes. ¡Guárdeos el Señor en vuestro camino, oh pobres viajeros! Envíe á sus radiantes ángeles para que alejen de vosotros todo peligro, y llevándoos en sus brazos, no tropiecen vuestros pies contra la piedra, ni ensangrienten vuestros delicados miembros las punzantes espinas del camino.

Figuraos, imaginad, hermanos míos, la alegría de aquellos santos caminantes, su modestia, su paciencia, sus discursos llenos de piedad y afecto hácia Jesús. Al lado del divino Niño todo es para ellos consuelo y felicidad, porque con Él no hay pobreza dura, ni incomodidad molesta.

Llegados á Jerusalén, trasládanse al Templo. ¡Qué espectáculo se ofrece allí á nuestros ojos altamente asombrados! Confundida María entre las mujeres de Israel, presenta por su Hijo la ofrenda de los pobres. Jesús se ofrece á su Eterno Padre, y comienza la oblación voluntaria, la donación completa de sí á nosotros mismos, que un día debe consumir y sellar con su sangre en el Calvario. Una viuda piadosa y un venerable anciano, llevados allí por el Espíritu Santo, reciben en aquel día la recompensa de su prolongada esperanza y de